

1853.—EL ESPÍA HUBERT

Jersey.

Ayer, 20 de octubre de 1853, fui por la noche a la ciudad, contra mi costumbre. Había escrito dos cartas, una a Londres, para Schœelcher, la otra a Bruselas, para Samuel, cartas que deseaba echar yo mismo al correo. Al regresar, alumbraba la luna. Serían las nueve y media, cuando, al pasar por el sitio que llamamos Tap y Flac, especie de plazoleta situada frente por frente de la abacería de Gosset, se me acercó un grupo de hombres despavoridos.

Eran cuatro proscritos: Mathé, representante del pueblo; Rattier, abogado; Hayes, llamado Sans-Couture, zapatero, y Henry, llamado el papaíto Henry, cuya profesión ignoro.

—¿Qué les pasa a ustedes?—les dije al verlos tan turbados.

—Acabamos de ejecutar un hombre—me contestó Mathé, y agitaba un rollo de papel que traía en la mano.

Luego me contaron rápidamente lo que sigue: (Como desde el mes de mayo me había retirado de las sociedades de proscritos y vivía en el campo, todos estos sucesos eran nuevos para mí.)

En el mes de abril último, desembarcaba en Jersey un hombre, un refugiado político. El tabernero Beauvais, que tiene corazón generoso, se paseaba por el muelle en el momento en que llegó el paquebote. Vió un hombre pálido, descompuesto, au-

drajoso, que llevaba un miserable trato.—¿Quién es usted?—dijo Beauvais.—Un proscrito.—¿Su gracia?—Hubert.—¿A dónde va?—No sé.—¿No tiene albergue?—No tengo con qué pagar.—Venga usted a mi casa.

Beauvais se llevó a su casa a Hubert. Beauvais tenía una pequeña tienda en la calle de Don, número 20.

Hubert era un hombre de cincuenta años; de cabellos blancos, bigote negro, rostro picado de viruela, aspecto robusto, mirada inteligente. Se decía antiguo maestro de escuela y agrimensor. Era del departamento del Eura. Habíanle expulsado el 2 de diciembre; y fué a Bruselas, donde me visitó; expulsado de Bruselas, se marchó a Londres; y en Londres vivió más de un año en el último grado de la miseria que puede originar la proscripción. Había habitado cinco meses, cinco meses de invierno en lo que se llama una Social, especie de gran salón destartado, cuyas puertas y ventanas dan libre entrada al viento, y cuyo techo deja pasar la lluvia. Los dos primeros meses de su llegada, durmió al lado de Bourillon, otro proscrito, sobre la losa de piedra, y delante de la chimenea. Esos hombres dormían sobre las losas sin colchón, sin manta, sin un poco de paja, con sus harapos mojados sobre el cuerpo. No había fuego en la chimenea. Sólo a los dos meses fué cuando Luis Blanc y Ledru-Rollin dieron algún dinero para comprar carbón. Cuando esos hombres tenían patatas, las cocían con agua sola y cenaban; cuando carecían de ellas se quedaban sin comer.

Hubert, sin dinero, sin cama, casi descalzo y sin ropa, vivía allí, dormía en esa piedra, tiritando siempre, rara vez comía y no se quejaba nunca. Compartía, como el que más, las desdichas de todos, estoico, impasible, silencioso. Había pertenecido a la sociedad *La Delegación*, luego salió de ella diciendo: Félix Piat no es socialista. Tras lo cual, entró en la sociedad *La Revolución*, y

de ella se separó diciendo: Ledru-Rollin no es republicano.

El 14 de septiembre de 1852, le escribió el prefecto del Eura para intimarle la «sumisión». Hubert respondió al prefecto con una carta poco moderada, prodigándole lo mismo que a «su emperador», los más duros calificativos, «*pandilla, canalla, miserable*»; había enseñado esa carta, fechada el 14 de septiembre, a cuantos prosritos halló, y mandado exponerla en la sala donde se reunían los socios de *La Revolución*.

El 5 de febrero, apareció su nombre en el *Monitor*, en la lista de los «indultados». Hubert se indignó, y, en vez de volver a Francia, fué a Jersey, diciendo: Los republicanos de ahí son mejores que los de Londres. Desembarcó, pues, en Saint-Helier.

Al llegar a casa de Beauvais, éste le mostró un cuarto con cama muy limpia, y le dijo:—Esta es su habitación.

—Ya le he dicho que no tengo con qué pagar, dijo Hubert.—No importa—contestó Beauvais.—Deme usted un rincón y un haz de paja en el desván.—Más bien le daría a usted mi cuarto y mi lecho.

A las horas de comer, Hubert no quería sentarse a la mesa. En casa de Beauvais se hospedaban varios prosritos; allí comían y cenaban por treinta y cinco francos mensuales.

—Yo no tengo treinta y cinco sueldos—decía Hubert;—deme un pedacito de pan, comeré en un rincón de la cocina.

Beauvais se enfadaba:—Nada de eso. Usted cenará con nosotros, ciudadano.—¿Y pagarle?—Cuando pueda usted.—Tal vez nunca.—Pues bien, nunca.

Beauvais procuró a Hubert algunas lecciones de gramática y de cálculo en la ciudad; y, con el producto de esas lecciones, le obligó a comprarse zapatos y un paletó.—Zapatos ya tengo, decía Hu-

bert.—Si tiene usted zapatos, respondía Beauvais; pero no suelas.

Los prosritos se compadecieron de la situación de Hubert, y le asignaron los socorros ordinarios señalados a los menesterosos sin mujer ni hijos, ó sea siete francos semanales. Con eso y sus lecciones, vivía. Fuera de esto, nada recibía. Varios, entre otros Gaffney, le ofrecieron dinero. El no lo aceptó.—No—decía—los hay más desgraciados que yo.

Se hacía útil en casa de Beauvais; ocupaba el menor sitio posible, se levantaba de la mesa antes del fin de la comida, nunca bebía vino ni aguardiente, se negaba a que le llenasen el vaso. Por otra parte era el comunista ardiente, que rechazaba toda clase de jefes, que declaraba la república traicionada por Luis Blanc, por Félix Pyat, por Ledru-Rollin y por mí, que pedía a la caída de Bonaparte, a quien siempre llamaba *Badinguet* «una manzana de seis meses» para acabar con ello, decía: que causaba admiración, a fuerza de sufrimiento y gravedad, aun a los que evitaban su contacto, una especie de respeto; y, por último, que tenía en sí no sé qué patente testimonio de feroz probidad. Un moderado decía de él a un exaltado:—Es peor que Robespierre.—El exaltado respondió:—Es mejor que Marat.

Esa era la máscara que acababa de caer. Este hombre era un espía.

He aquí cómo se descubrió la verdad.

Hubert tenía en la proscripción un íntimo amigo, Hayes. Un día, era a principios de septiembre, cogió a Hayes aparte y le dijo muy quedo y misteriosamente:—Me voy mañana.—¿Te vas?—Sí.—¿A dónde?—A Francia.—¿Cómo! ¡A Francia!—A París.—¡A París!—Me esperan allí.—¿Para qué?—Para un golpe.—¿Cómo entrarás en Francia?—Tengo un pasaporte.—¿De quién?—Del cónsul.—¿A tu nombre?—A mi nombre.—Eso sí que es raro.—Te olvidas de que me indultaron en febrero.—

Es verdad, dijo Hayes.—¿Y dinero?—Ya lo tengo.—¿Cuánto?—Veinte francos.—¿Con veinte francos vas a emprender el viaje a París?—Una vez que llegue a Saint-Malo, continuaré como pueda. A pie, si es necesario. Si es preciso, no comeré. Iré derecho, por el camino más corto.

En vez de tomar el más corto, tomó el más largo. De Saint-Malo, fué a Rennes, de Rennes a Nantes, de Nantes a Angers y de ahí a París por ferrocarril. Tardó seis días en el viaje. Durante el camino, vió en cada ciudad a los prohombres demócratas, á Boué, en Saint-Malo; a Roche, al doctor Guepin y los Magin, en Nantes; a Rioteau, en Angers. Presentóse en todas partes como enviado en misión por los proscritos de Jersey, y fácilmente consiguió socorros en cada localidad. Ni mostraba ni ocultaba su miseria; se la veían. En Angers pidió cincuenta francos a Rioteau, pues no tenía más para ir a París, según decía.

Desde Angers escribió a una mujer con quien vivía en Jersey, una tal Melania Simón, costurera, domiciliada en Hill Street, número 5, y que hasta le había prestado treinta y dos francos para el viaje. Esos treinta y dos francos se los había ocultado a Hayes. Dijo a dicha mujer que podía escribirle a la calle de l'École-de-Médecine, número 38; que él no se nospedaría allí, pero que en esa casa vivía un amigo que le entregaría las cartas.

Llegado a París, fué a ver a Goudchaux; halló, sin que se sepa cómo, el paradero de Boisson, el agente de la fracción Ledru-Rollin; el cual Boisson vive escondido en París. Se presentó a Boisson como enviado de nosotros, los proscritos de Jersey, y entró en todas las combinaciones del partido llamado *partido de la acción*.

A fines de septiembre se le vió desembarcar en Jersey, del *steamer Rose*. Al día siguiente de su llegada cogió a Hayes aparte y le declaró que iba a darse un golpe; que si él, Hubert, hubiera llegado unos días antes a París, ya estaría dado el golpe;

que su opinión, casi aceptada, era volar un puente de la vía férrea al pasar «Badinguet»; que todo estaba preparado, hombres y dinero; pero que el pueblo no tenía confianza más que en los proscritos; que, por consiguiente, él, Hubert, iba a volver a París para el arreglo del asunto; y que, habiendo tenido parte en todos los golpes desde 1830, no quería faltar a éste; pero que él no bastaba; que se necesitaban diez proscritos de buena voluntad que pudieran ponerse a la cabeza del pueblo en la acción; y que había ido a buscarlos a Jersey. Terminó diciendo a Hayes:—¿Quieres ser uno de los diez?—¡Ya lo creo!—dijo Hayes.

Hubert vió otros proscritos y les hizo las mismas confidencias con el mismo misterio, diciendo a cada uno: «Esto sólo se lo digo a usted.» Reclutó entre otros, además de Hayes, a Jego, que acababa de pasar una fiebre tifoidea, y a Gigoux del cual afirmó que su apellido, Gigoux, «agitaría las masas». Los reclutados por él así para llevarlos a París, le decían:—Pero, ¿y dinero?—No tengáis cuidado—respondía Hubert—hay dinero. Os esperarán en el desembarcadero. Venid a París, lo demás se hará por sí solo; ya se encargarán de colocarlos.

Además de Hayes, Gigoux y Jego, vió a Jarrassé, Famot, Rondeaux y otros.

Desde la disolución de la Sociedad general, hay en Jersey dos sociedades de proscritos, la *Fraternité* y la *Fraternidad*.

Hubert pertenecía a la *Fraternidad*, de que era tesorero Gigoux. Cobraba de ella la cantidad de siete francos semanales, como ya he dicho. Reclamó a Gigoux (que se los pagó) los catorce francos de sus dos semanas de ausencia, ya que su ausencia, tuvo por causa, según él decía, «el servicio de la república».

El día de la marcha de Hubert y de sus conocidos quedó señalado para el viernes 21 de octubre.

Entretanto, un proscrito, Rattier, abogado de Sorient, que se hallaba una mañana en el estanco de Hurel, vió entrar allí un hombre a quien nunca había hablado, pero al cual conocía de vista. Al verle este hombre, y reconocer en él un francés, le dijo:—Ciudadano, ¿tiene usted cambio de un billete de cien francos?—No—dijo Rattier.—El hombre desdobló un billete amarillo que llevaba en la mano, y se lo presentó al estanquero pidiéndole cambio. El comerciante no tenía esa cantidad. Durante el coloquio, Rattier comprobó que era un billete del Banco francés de cien francos. El hombre se fué. Rattier preguntó a Hurel:—¿Sabe usted cómo se llama ese hombre?—Sí—dijo Hurel,—es un proscrito francés llamado Hubert.

Casi al mismo tiempo, Hubert, pagando a su hostelera, sacaba del bolsillo puñados de chelines y medias coronas.

Melania Simón reclamaba los treinta y dos francos; él se negaba a pagar, y, al mismo tiempo, por una especie de contradicción extraña, dejaba ver a Melania Simón una cartera «llena, decía luego Melania, de billetes amarillos y azules».—Son billetes de Banco, decía Hubert a Melania Simón; aquí tengo tres mil quinientos francos.

Por otra parte, se explica la contradicción; Hubert, al volver a Francia, quería llevarse a Melania Simón; se negaba a pagarla para que ella le acompañara, y, para que le acompañase sin inquietud, le demostraba que era rico.

Melania Simón no quería salir de Jersey. Resistió y pidió otra vez sus treinta y dos francos. Estallaron disputas. Como Hubert continuara negándose, Melania le dijo:—Escucha, si no me pagas, te denuncio a los proscritos; pues te he visto el dinero y presumo que eres un espía.

Hubert soltó el trapo a reír.

—¡Hacer que se crea eso de mí!—dijo—¡Quita allá!

Se imaginaba destruir esa idea de Melania Simón, demostrando serenidad.

—Mis treinta y dos francos—dijo Melania.

—Ni un céntimo—replicó Hubert.

Melania Simón fué en busca de Jarassé y denunció a Hubert.

Al principio parecía que Hubert tenía razón. Todos los proscritos negaban a porfía, riendo a carcajadas.

—¿Espía Hubert?—decían.—¡Qué disparate!

Beauvais recordaba su sobriedad y Gaffney su desinterés; Bisson su republicanismo, Seigneuret su comunismo, Bourillon los cinco meses de noches pasadas acostado sobre las losas, Gigoux los socorros que le daban, Roumilhac su estoicismo; todos, su miseria.

—Yo le he visto descalzo—decía uno.

—Y yo sin hogar—decía otro.

—Y yo sin pan—objetaba un tercero.

—Es mi mejor amigo—añadía Hayes.

No obstante, Rattier contaba lo del billete de cien francos; poco a poco aparecían los pormenores del viaje de Hubert; se preguntaban el por qué de tan singular itinerario; enterábanse de que había circulado con rara facilidad; un habitante de Jersey aseguraba haberle visto en Saint-Malo paseándose por el muelle entre los empleados de aduanas y los gendarmes, sin que estos pareciesen reparar en él; se despertaban las sospechas; Melania Simón lo pregonaba por doquier; el viticultor poeta Claudio Durand, respetado por todos los proscritos, movía la cabeza al hablar de Hubert.

Melania Simón comunicó a Jarassé la carta de Hubert dando por dirección en París el número 38 de la calle de l'Ecole-de-Médecine, «donde un amigo se encargaría de recibir sus cartas». Ahora bien, el hijo del representante Mathé, que había ido a París pocos meses antes, había habitado, por rara coincidencia, casualmente en la calle de l'Ecole-de-Médecine, número 38.

Como Jarassé mostrase a Mathé la carta de Hubert a Melania Simón, las señas y el *amigo* llamaron la atención del hijo de Mathé, que estaba presente y exclamó:—Si esa es precisamente la casa en que yo viví. Entre los inquilinos de esa casa, había un agente de policía llamado Philippi.

Sordo rumor empezó a circular por los proscritos.

Hayes y Gigoux, los dos amigos de Hubert, los primeros a quienes él había reclutado para París, le dijeron:

—Aquí se habla largo y tendido.—¿De qué?—preguntó Hubert.—De Melania Simón y de ti.—¿Y qué? ¿Dicen que es mi querida?—No, dicen que tú eres un espía.—¿Y qué más? ¿Qué puedo hacerlo yo?—Provocar una indagación—dijo Hayer.—Y un juicio—añadió Gigoux.

Hubert no contestó. Sus dos amigos fruncieron las cejas.

Al día siguiente, acosáronle de nuevo; él calló; volvieron a la carga, él casi se negó a hablar; cuanto más titubeaba más insistían ellos. Acabaron por decirle que era preciso «aclarar» la cosa.

Hubert, acorralado en la indagación y viendo aumentarse las sospechas consintió.

En casa de Beauvais, Don Street, número 20, es donde está lo que se llama «el círculo de los proscritos». Los proscritos desocupados y los proscritos sin trabajo permanecen allí, en una sala común. Hubert expuso en esa sala una declaración dirigida a todos «sus hermanos de destierro», en la cual, en vista de las «infames calumnias» propaladas contra su persona, poníase a la disposición de todos, reclamaba que se abriera una información y pedía que fueran jueces todos los proscritos.

Quería la información «inmediata», recordando que pensaba salir de Jersey el viernes, 21 de octubre, y concluía diciendo: «la justicia del pueblo debe ser pronta.»

Las últimas palabras del cartel eran: «Se hará luz».—Firmado: «HUBERT».

Reuniose la sociedad *Fraternidad* a que pertenecía Hubert; incoó la información, y para instruir ese proceso doméstico de la proscripción, nombró a cinco de sus miembros: Mathé, Rattier, Rondeaux, Henry y Hayes. Mathé, ante la exclamación de sorpresa escapada a su hijo estaba convencido de la culpabilidad de Hubert.

Dicha comisión efectuó una verdadera indagación jurídica, llamó testigos, oyó a Gigoux y a Jego, reclutados por Hubert para París, a Jarassé, a Famot, a quien había dicho Hubert:—Es menester una matanza de seis meses para acabar;—recogió lo dicho por Rattier y Hayes, llamó a Melania Simón, la careó con Hubert; hizo que le enseñasen la carta de Hubert fechada en Angers, la cual había sido rota, y pegados los pedazos; levantó acta de todo. En el careo, Melania Simón confirmó todas sus palabras, y dijo claramente a Hubert:

—Usted es un espía de Bonaparte.

Abundaban presunciones, pero faltaban pruebas.

Mathé dijo a Hubert:—¿Se marcha usted el viernes?—Sí.—¿Tiene usted baúl?—Sí.—¿Qué lleva usted en ese baúl?—Mi poca ropa, y ejemplares de publicaciones socialistas y republicanas.—¿Quiere usted que se le registre el baúl?—Sí.—Rondeaux acompañó a Hubert a casa de Beauvais donde vivía Hubert y donde tenía el baúl. Este fué abierto; Rondeaux halló en él camisas, pañuelos, un pantalón y un paletó viejos; nada más.

A todo esto la ausencia de pruebas palpables debilitaba las sospechas, y la opinión de los proscritos volvía a ser favorable a Hubert.

Hayes, Gigoux y Beauvais le defendían enérgicamente.

Rondeaux dió cuenta de lo que había hallado en el baúl.

—¿Y los escritos socialistas?—preguntó Mathé.

—No los he visto—dijo Rondeaux.

Hubert guardó silencio.

Entretanto, habiéndose propagado el rumor del registro del baúl, un carpintero de Queen Street dijo a un proscrito, creo que a Jarassé:—Pero, ¿han abierto el doble fondo?—¿Qué doble fondo?—El doble fondo del baúl.—¿Tiene doble fondo el baúl?—Sí.—¿Cómo lo sabe usted?—Porque yo lo he construído.

Se repitió la conversación a la comisión. Mathé dijo a Hubert:—¿Tiene doble fondo el baúl?—Claro que sí.—¿Con qué objeto?—¡Toma! pues para esconder los escritos democráticos que llevo.—¿Por qué no habló usted de ese doble fondo a Rondeaux?—No pensé en ello.—¿Consiente usted en que lo registren?—Sí.

Hubert dió ese consentimiento con la mayor tranquilidad, respondiendo generalmente por monosílabos y casi sin dejar la pipa. Sus amigos deducían de su laconismo su inocencia.

La comisión decidió asistir en masa al registro del doble fondo.

Pusiéronse en marcha. Era ayer jueves, víspera del día señalado por Hubert para su partida. En el camino, preguntó Hubert:

—¿A dónde vamos?

—A casa de Beauvais—dijo Rondeaux;—puesto que allí está el baúl...

Hubert repuso:

—Somos muchos; habrá que desclavar el doble fondo a martillazos; esto va a causar algún sobresalto en casa de Beauvais, en donde siempre hay muchos proscritos; vengán conmigo dos de ustedes, y llevemos el baúl a la carpintería; los demás que nos esperen allí. El carpintero cerró el doble fondo; él sabrá abrirlo mejor que nadie. Sea como fuere, todo se hará delante de la comisión, y no habrá escándalo.

Se consintió en ello. Hubert, ayudado por Hayes y Henry, llevó el baúl a la carpintería. Abrió-

se el doble fondo. Estaba lleno de papeles. Había, en efecto, escritos republicanos, mis discursos, los *Presidios de Africa*, de Ribeyrolles, la *Corona Imperial*, de Cahaigne. Se hallaron allí los tres o cuatro pasaportes sucesivos de Hubert, el último librado en Francia, a «petición suya», una colección completa de documentos relativos a la organización interna de la sociedad *La Revolución*, organizada en Londres por Ledru-Rollin; todo esto mezclado con muchas letras y con multitud de papeletes.

Entre éstos, encontráronse dos cartas que parecieron singulares.

La primera, fechada el 24 de noviembre, era para el prefecto del Eure y rechazaba el ofrecimiento de amnistía, con una indignación pródiga de epítetos injuriosos; era una carta que Hubert había enseñado a los proscritos de Londres y expuesto en sus salas de reunión.

La segunda carta, fechada el 30, separada de la primera por seis días solamente, estaba escrita al mismo prefecto, y contenía, en forma de reclamación de dinero, ofrecimientos muy claros de servicios al gobierno bonapartista.

Ambas cartas se contradecían, era evidente que sólo una de ellas había sido expedida, y parece probable que no fuese la primera. Según toda probabilidad, la segunda era la carta verdadera; la otra era «para enseñarla».

Mostraron ambas cartas a Hubert; éste continuó fumando imperturbablemente la pipa.

Dejaron a un lado las dos misivas, y se prosiguió el examen de los papeles.

Una carta de letra de Hubert que empezaba con estas palabras: «Querida madre», cayó en manos de Rattier. Este leyó las primeras líneas. Era una carta de familia, y disponíase a dejarla, cuando vió que la hoja era doble. La abrió casi maquinalmente, y sintió como la impresión de un relámpago en los ojos. Su mirada acababa de posarse, a

la cabeza de la segunda página, en estas palabras, escritas de puño de Hubert: «Al señor de Maupas, ministro de policía.—Señor ministro.»

Seguía la carta que vamos a leer, firmada por HUBERT.

«Al Sr. de Maupas, ministro de Policía.  
París.

»Señor Ministro: Con fecha 24 de septiembre último, y con objeto de volver a Francia, he recibido una carta del señor prefecto del Eura.

»El 24 y el 30 del mismo mes, he escrito dos cartas al señor prefecto. Ambas han quedado sin contestación.

»Después, he visto figurar mi nombre en el *Monitor*, en la lista que es objeto del decreto del 5 de febrero; pero no me hallaba en disposición de salir en aquella época, pues quería acabar en Londres un tomito titulado: *Los Proscritos republicanos, y la República imposible, a causa de estos mismos supuestos republicanos*. Este tomo, lleno de verdades y hechos que nadie puede negar, creo que producirá cierto efecto en Francia, donde deseo imprimirlo. Ayer he mandado firmar mi pasaporte para Francia; ya no me retiene en Inglaterra nada interesante, a no ser el que, antes de marcharme, quisiera saber si me darán lo que se me debe, y que «reclamo en mi citada carta» del 30.

»El señor prefecto del Eura, al cual suplicaba que comunicase esa carta a quien correspondía, ha debido de remitirla al gobierno; sigo esperando su solución, pero en vista de que en tanto tiempo nada he recibido, me decido a escribir a usted, con la esperanza de obtener un resultado inmediato.

»He aquí mi dirección en Londres: (Inglaterra, número 17, «Church street, Soho Square»).

»Y mi nombre: Hubert Julián Damasceno, agri-

»mentor, Henqueville, cerca de los Andelys (Eura).  
»25 de febrero de 1853».

»Firmado: HUBERT.

Rattier alzó los ojos y miró a Hubert.

Este había dejado la pipa; por la frente le corrían grandes gotas de sudor,

—Es usted un espía—dijo Rattier.

Hubert, lívido, cayó en una silla, sin responder una palabra.

Los miembros de la comisión hicieron un paquete con los papeles, y fueron inmediatamente a dar cuenta del resultado a la sociedad *La Fraternidad*, que celebraba sesión en aquel momento.

En ese trayecto es donde yo los hallé.

Ante la revelación de semejantes hechos, una especie de sacudida eléctrica agitó en toda la ciudad a los proscritos. Corrían por las calles, se acercaban unos a otros para cambiar impresiones; los más exaltados eran los que más estupefactos estaban.—¡Aquel Hubert, en quien habían creído!

Ocurría un hecho que aumentaba la impresión causada. El jueves es día de correo en Jersey. Acababan de llegar los periódicos de Francia. Y las noticias que traían rodeaban a Hubert de una especie de siniestro resplandor. En París se habían efectuado trescientas detenciones, y una multitud en el resto de Francia. Hubert había visto en Saint-Malo a Rocher (de Nantes), Rocher fué detenido; había visto a Guepin y los Magin en Nantes, y los Magin y Guepin fueron detenidos; había visto a Rioteau en Angers y le había pedido dinero, y Rioteau fué detenido; había visto a Goudchaux y Boisson en París, y ambos fueron detenidos.

Los sucesos y los recuerdos iban llegando en tropel. Gaffney, uno de los que hasta última hora habían apoyado a Hubert, contaba que en 1852 había expedido de contrabando, desde Londres al Havre, un fardo que contenía ochenta ejemplares de

*Napoleón el pequeño.* Hubert y un escribano de Ruán, proscrito, llamado Bachelet, estaban en su cuarto cuando empaquetaba el fardo. Delante de ellos efectuó un cálculo del cual resultaba que el bulto estaría en casa de la madre de Gaffney el día en que un amigo, previo aviso, pudiera ir a buscarlo. Hubert y Bachelet salieron. Después de marcharse éstos, Gaffney rectificó el cálculo y reconoció que el fardo llegaría a casa de su madre, al Havre, un día antes. En consecuencia escribió a su madre y a su amigo. El bulto llegó, en efecto, y fué retirado por el amigo. Al día siguiente, que era el señalado por Gaffney, en presencia de Hubert y Bachelet, entró la policía en casa de la señora de Gaffney y revolvió toda la casa para encontrar los libros que, según decían los agentes, «le habían enviado de Londres».

A las diez de la noche, doce o quince proscritos se hallaban reunidos en casa de Beauvais. Pedro Leroux y uno de Jersey, Felipe Asplet, oficial del condestable, estaban sentados en un rincón; Pedro Leroux hablaba a Asplet de las mesas giratorias.

De pronto entra Henry y cuenta lo sucedido, el doble fondo del baúl, la carta de Maupas, las detenciones llevadas a cabo en Francia; Hayes, Gigoux y Rondeaux llegan y confirman lo dicho por Henry.

En ese instante, se abre la puerta y aparece Hubert. Iba a acostarse, y, como de costumbre, venía a coger la llave, suspendida de un clavo en la sala común.

—¡Ahí le tenéis!—grita Hayes.

Todos se abalanzaron contra Hubert; Gigoux le abofetea, Hayes le coge de los cabellos, Heurtebise le agarra de la corbata y le aprieta el pescuezo. Beauvais levanta la navaja. Asplet detiene el brazo de Beauvais.

Una hora después, al describirme la escena, me

decía Beauvais:—¡A no ser por Asplet, Hubert a esta fecha era cadáver!

Asplet, como oficial de policía, intervino y les arrebató a Hubert.

Beauvais arrojó la navaja; dejaron allí al espía; dos o tres se fueron a los rincones, se taparon la cabeza con las manos y prorrumpieron en llanto.

Entretanto, yo había llegado a mi casa.

Eran cerca de las doce, iba a acostarme; oí un carruaje pararse a la puerta y luego oí un campanillazo. Un momento después, entró Carlos en mi cuarto y me dijo:—Es Beauvais.

Bajé. Todos los proscritos se reunían en sesión general para juzgar inmediatamente a Hubert. No le perdían de vista, y enviaron a Beauvais a buscarle. Yo titubeé. Juzgar a aquel hombre, aquella sesión nocturna, aquella reunión de proscritos, todo eso se me antojaba extraño y repugnaba a mis costumbres. Beauvais insistió.

—Venga usted—me dijo;—si usted no viene, no respondo de Hubert.

Y añadió:—No respondo de mí mismo. A no ser por Asplet, le hubiera abierto la barriga de una cuchillada.

Seguí a Beauvais, y llevé conmigo a mis dos hijos. Durante el camino, se nos agregaron Cahaigne, Ribeyrolles, Frond, Lefèvre el cojo, Caunet y otros varios proscritos que viven en Havre-des-Pas.

Cuando llegamos daban las doce.

La sala en que iban a juzgar a Hubert, llamada Círculo de los Proscritos, es una de esas grandes salas rectangulares, que hay en casi todas las casas inglesas. Esas salas, poco apreciadas por nosotros, los franceses, tienen vistas a las dos fachadas delantera y trasera.

Esta, situada en el primer piso de casa de Beauvais, Don Street, número 20, tiene dos ventanas que dan a un patio y tres a la calle, frente por frente de la gran fachada roja del edificio destinado a